

“Nos dijeron por señas ...”: intentos de comunicación de españoles e indígenas en Baja California, 1535 -1800

*Miguel Mathes
El Colegio de Jalisco*

La Real Academia Española (2003) define el verbo “comunicar” como “hacer a otro partícipe de lo que uno tiene; descubrir, manifestar o hacer saber a alguien algo” y comunicación como “acción y efecto de comunicar o comunicarse; trato, correspondencia entre dos o más personas; transmisión de señales mediante un código común al emisor y al receptor”. Estas definiciones cubren ampliamente las comunicaciones habidas entre españoles e indios durante casi tres siglos en la península californiana.

Durante el transcurso de la historia humana y el movimiento de individuos y poblaciones, las formas de comunicación fundamentales y universales, tal vez instintivas, por medio de tono de voz, gritos, llantos, sollozos, aullidos, cantos y otros sonidos vocales y de sonrisas, ademanes, gestos, brincos, movimientos y otras señales manuales son evidentes. A veces sencillos, estos medios pudieron indicar amistad, enemistad, desafío, sumisión, afirmación, negación, gusto y disgusto, tristeza y alegría y otros sentimientos básicos, y otras veces, más complicados pero todavía comprensibles, expresar persona, número, calor, frío, sueño, localización, distancia, tamaño, tiempo, sentidos oculares, olfatorios, auriculares y muchos otros conceptos y detalles específicos. No obstante esta amplia capacidad de comunicación sin empleo de lenguaje verbal o escrito, los exploradores, conquistadores, colonizadores y misioneros europeos hicieron numerosos intentos para adquirir algún conocimiento de lenguaje de los grupos indígenas encontrados.

Los primeros contactos de europeos e indígenas bajacalifornianos fueron por navegantes con los grupos nómadas del sur de la península, aquellos en busca de los supuestos tesoros de la tierra de la reina Calafia y otra Tenochtitlan y éstos perpetuamente envueltos en conflictos bélicos internos y la lucha de supervivencia. La presencia fatal del asesino amotinado Fortún Ximénez y sus seguidores en la región al sur de la Bahía de La Paz en 1533 no produjo documentación y, tristemente, la documentación estante de la malograda colonia cortesiana en las orillas de la bahía en 1535-1536 no contiene mención del contacto entre los españoles y los pericú u otros habitantes de la zona. Especialmente durante las primeras décadas de contacto, los indígenas solían huirse al encontrar los españoles o, percibiendo la posibilidad de la ocupación de sus aguajes, atacaron, causando su retirada.

Sin embargo, la relación del viaje realizado bajo el patrocinio de Fernando Cortés por su teniente, Francisco de Ulloa, en 1539-1540 contiene numerosos datos etnográficos, algunos sobre los intentos de comunicación. Zarpando de Acapulco, la expedición llevaba un intérprete, posiblemente hablante del náhuatl o “lengua mexicana”, la más extendida del centro del virreinato. Al alcanzar la Bahía de Santa Cruz (La Paz), Ulloa intentó llevar abordo un indígena local,

probablemente hablante de la lengua pericú, para ayudar al intérprete, pero huyeron de los españoles. Navegando por la costa de la península hacia el norte, la expedición entraba la región habitada por los cochimí, distinguidos de los habitantes de La Paz por ser “chichimecas”, quienes les gritaron e hicieron ademanes con sus arcos, pero solían evitar contacto hasta que atacaron sigilosamente a una escuadra que iba a tierra para tomar agua. En otra ocasión, los cochimí atacaron después de cantar, bailar y gritar. Volviendo hacia el sur y navegando por la costa del Pacífico por al norte de Bahía Magdalena y Desierto de Sebastián Vizcaíno, Ulloa mandó a un intérprete, llamado “chichimeco” y natural de la “isla” de California, a tratar con un grupo de indígenas cochimí a quienes habían ofrecido varias dádivas de cascabeles y cuentas al dejarlas en la playa y la tierra adentro. Los cochimí no comprendieron el lenguaje del intérprete y prosiguieron el trato por señas, colocando unas conchas de unas flechas que hundieron en las rocas para significar el deseo de comerciar. Señalaron que el cacique venía llegando, y demostrando su intento de trueque al exponer conchas de madreperla y ornamentos de plumaje, indicaron que los españoles deben irse por ellos, dejando sus dádivas. Así continuó el intercambio, cada grupo dejando sus armas en señal de paz, poniendo sus piezas en tierra y alejándose para que el otro las recogiere hasta que los españoles habían cargado agua y retiraban a bordo de sus navíos. Al reconocer la suspensión del trato, los indígenas empezaron a disparar flechas al barco y al ver que no alcanzaron el blanco, agacharon mostrando las nalgas e indicando que los españoles las besaran, así terminando el intercambio en combate. Al llegar a Isla de Cedros, Ulloa de nuevo intentó la captura de un indio para aprender el idioma, pero al llegar a tierra para tomar agua, los cochimí amenazaron con estacas, arcos y flechas y piedras, atacando a los españoles. Para demostrar sus intenciones pacíficas, Ulloa retiró al *Trinidad*, ofreciendo trueque a los que llegaron al navío en canoas; sin embargo siguieron resistiendo la toma de agua por la expedición. Después de unas escaramuzas, Ulloa logró hacer aguada y prosiguió su viaje, sin otros contactos con los californios (Mathes 1992:2-94).

Inmediatamente después del viaje de Ulloa, el de Hernando de Alarcón destinado al abastecimiento de la expedición terrestre de Francisco Vázquez de Coronado, se inició en Acapulco en 1540. Siguiendo la costa novohispana hacia el norte, Alarcón navegó por el litoral este del Golfo de California hasta la desembocadura del Río Colorado donde fondeó sus navíos y continuó río arriba en lanchas. Al encontrar a unos 250 yumanos congregados bajo banderas y armados con arcos y flechas señalándole que no avanzara, ya que el intérprete que llevaba consigo, probablemente hablante de náhuatl, no pudo entenderles ni ellos a él, Alarcón tiró su rodela y espada y una bandera al fondo de la lancha y los pisó en señal de paz, al mismo tiempo ordenando a su tripulación a sentarse y sacando dádivas. Uno de los yumanos se acercó a los españoles, aceptó los regalos y entonces por señas Alarcón logró que los demás dejaran sus armas y banderas y apartasen de ellas. Se entendieron que el acto de sentarse indicaba intenciones pacíficas y el abrazo señalaba amistad. Continuando río arriba, Alarcón utilizó la misma metodología para mantener relaciones pacíficas, pues todavía su intérprete fue inútil, y los yumanos agasajaron a los españoles con comida mientras aquellos recibieron pequeños regalos de paños y cruces de los españoles. Ya muy avanzada, el intérprete encontró a un indio que le entendía, tal vez debido a algunas semejanzas entre el yumano y el náhuatl. Así establecido un vínculo verbal, Alarcón pudo adquirir amplios datos etnológicos y, más particularmente, reconocer el contacto entre estos grupos ribereños y las culturas del interior hacia el este, dado que aunque no tenían noticias de la expedición de Vázquez de Coronado, sí habían recibido informes sobre hombres blancos barbudos y un río llamado Totontec. Al entrar al territorio de otro de los grupos yumanos, el intérprete yumano que había llevado resultó inútil, pues según él entre los ribereños se hablaban 23 idiomas

y tampoco no pudo pasar adelante debido a la enemistad entre su grupo y los demás grupos, pero Alarcón encontró a otro de quien pudo sacar más información etnográfica. Éste había estado en el interior en Cíbola (Nuevo México) y le informó de la muerte de Esteban, el moro que había acompañado a fray Marcos de Niza a la región en 1539, del cultivo de algodón por aquellos grupos (pueblos), de la presencia de bueyes grandes (bisonte) y de la existencia de cristianos en Cíbola que quedaba a 10 días de caminata. Colocando una cruz con mensajes para los expedicionarios de Vázquez de Coronado, Alarcón bajó a sus navíos y emprendió su regreso a Acapulco (Mathes 1992:95-114).

Debido a diversas razones, durante más de medio siglo los visitantes a la península californiana no dejaron relaciones que detallaron los contactos con la población indígenas. La expedición de Juan Rodríguez Cabrillo de 1542-1543 fue destinada principalmente a la exploración de la costa norte del Pacífico y los documentos estantes, tal vez debido a la inesperada muerte del comandante, no reflejan la comunicación con los habitantes. Asimismo, las exploraciones de la costa de Alta California desde Manila por Francisco Gali de 1584-1585 y por su sucesor, Pedro de Unamuno, en 1597 no han dejado datos sobre las costas de la península, y del malogrado viaje del galeón de Manila *Santa Ana* tomado por el pirata inglés Thomas Cavendish en 1587 en Cabo San Lucas sólo se conoce por el testimonio de los supervivientes relacionado con la desgracia. Uno de ellos, el piloto Sebastián Rodríguez Cermeño, en un nuevo intento de exploración desde Manila en 1595, terminó con la pérdida de su navío *San Agustín* en la Drake's Bay y el regreso a salvo de los supervivientes a Nayarit y su relación no produjo detalles sobre sus efímeros encuentros con los habitantes peninsulares (Mathes 1973:5-24).

Durante estos años persistió la creencia en la rica Isla de California y la posibilidad de encontrar un recurso económico viable en ella, la pesquería-rescate de perlas. Junto con otros socios, en 1594 Sebastián Vizcaíno, comerciante de Manila y México, solicitó y recibió la licencia de monopolio de la industria perlera en el Golfo de California y para junio de 1596 zarpó de Acapulco para cumplir con los requisitos de adquisición activa de perlas y colonización de la aislada península. Llegado a Cabo San Lucas, Vizcaíno observó los pericú armados y en actitud belicosa, pero los españoles evadiendo un contacto directo, lograron señalar a los indios sus intenciones pacíficas y estos, dejando sus armas con las mujeres, vinieron en paz, señalando amistad y dando la bienvenida. Aunque no había intérprete, Vizcaíno comentó que “su lenguaje tan bárbaro que más parece balido de carneros que habla de gentes”, y dependieron de señas para la comunicación, entregando comida y regalos y recibiendo pitahaya y otras frutas de manos de sus anfitriones. Continuando a la Bahía de Santa Cruz, que bautizó La Paz por la recepción amistosa de los pericú, Vizcaíno inició el asentamiento de su colonia. Algunos de los tripulantes, temerosos de la aspereza de la tierra y el aislamiento, peticionaron el abandono de sitio, comentando que “la gente era tan bárbara que por ningún modo podía entenderse para reducirlos a la fe ni teníamos lengua que nos sirviese de intérprete”, pero Vizcaíno negó la solicitud e inició la exploración de la costa. Llegado a Bahía San Carlos, los guaycura acercaron al navío en canoas y por señas, invitaron a los españoles a tomar tierra. Aunque bien armados y considerados más belicosos que los pericú, Vizcaíno ordenó hacer aguada y los indígenas les trajeron pescado, invitándoles a su rancharía donde les regalaron más pescado. Volviendo al navío, por el sendero unos 100 guaycura comenzaron a disparar flechas sobre los españoles, quienes huyeron a la playa y desembarcaron Vizcaíno y parte de la tripulación, dejando a un sargento con 25 soldados en la playa de retaguardia. Al volver la lancha del navío, estos bajo ataque, al intentar subir abordó se anegó el barco, ahogando a 19 hombres. Esta táctica de engaño por parte de los guaycura produjo el resultado deseado, pues no volvieron los españoles a tomar tierra y con esta desgracia, las quejas

continuas de los colonos y el incendio de su asentamiento, Vizcaíno tuvo que abandonar La Paz en noviembre de 1596 (Mathes 1965:265-271).

No obstante su fracaso en La Paz, Vizcaíno fue nombrado en 1599 al mando de una nueva expedición a la costa exterior de las Californias con el fin de demarcar definitivamente la región. Zarpando de Acapulco en mayo de 1602, la expedición alcanzó Cabo San Lucas a principios de junio y fueron bien recibidos por los pericú a quienes regalaron alimentos y de quienes recibieron cueros de venado y gato montés. Al decir misa los frailes carmelitas quienes sirvieron de capellanes, los indios imitaron a los españoles hasta intentando vocear las oraciones. Siguiendo la navegación hacia el norte, Vizcaíno fondeó en Bahía Magdalena para tomar agua y aunque no había buen manantial, fueron bien recibidos por los guaycura quienes dejaron sus armas en señal de paz. Ya para octubre, tomando tierra en Bahía de San Quintín, los expedicionarios también fueron recibidos pacíficamente por los cochimí y al celebrar misa, por señas preguntaron si era asunto del cielo, bajando las cabezas e intentando rezar en imitación del castellano. Por señas también indicaron que estaban amenazados en guerra por grupos al interior, intentando conseguir el apoyo de los españoles contra ellos. Llegado a la Ensenada de Todos Santos, Vizcaíno fue recibido por los kumiai gritando y armados de arcos y flechas, pero los españoles los acercaron y convencieron de sus intenciones pacíficas y por señas atrayendo a los demás para regalarles de comida y dádivas. Aunque faltando un intérprete de alguno de los idiomas peninsulares, Vizcaíno logró contactos amistosos por medio de señas y gestos (Mathes 1965:571-591).

El segundo cosmógrafo de la expedición y uno de los capellanes carmelitas, fray Antonio de la Ascensión, años después promovió la colonización de la península por medio de varios informes. En el primero de estos de octubre de 1620 propone un asentamiento en Cabo San Lucas donde encontraron los pericú amistosos y agradecidos con los españoles y que “decían que dejasen los soldados los arcabuces de las manos y que ellos llegarían también sin armas y las ponían a un lado y se sentaban diciendo a voces *uten*, que decir, siéntate o sentarte que es la señal de paz mas cierta y segura que entre si usan”. Informó que los guaycura les recibieron de paz en Bahía Magdalena, ofreciendo entregar sus arcos y flechas a los españoles y, por señas, indicando que había una abundancia de árboles de incienso en la región. Promovía la conversión de los indígenas, su instrucción y catecismo y la conservación de la paz “enseñando la Doctrina Cristiana y a leer en cartillas españolas para que juntamente con el leer aprendan la lengua española” pero curiosamente, aunque anotó la primera palabra pericú conocida, no hizo ninguna mención ni recomendación del aprendizaje de lenguas indígenas por los misioneros. La real cédula de 1628 decretando audiencias sobre la colonización de las Californias, dio lugar a otro informe de fray Antonio en el mismo año. En esta ocasión, al tratar la evangelización de los indígenas, relató que ellos estaban “muy dispuestos para recibir nuestra Santa Fe Católica si van Ministros que se la enseñen: la lengua es fácil de aprender por ser de buena pronunciación, y tener todas las letras que nuestra lengua pronuncia” (Mathes 1965:1180-1197). La naturaleza pacífica de los pericú fue secundada en las audiencias en 1629 por el contra maestre Gonzalo de Francia quien relata que en Cabo San Lucas “se vinieron hacia nosotros haciéndonos señal de paz, y largando las armas se sentaron, después de haber llegado donde estábamos, y por señas nos dijeron que nos sentáramos” (Mathes 1965:1217).

El establecimiento de la insularidad de California de nuevo dirigió los intentos de colonización de la región hacia el golfo y la renovación de la pesquería de perlas para atraer a la iniciativa privada para lograrla. El traslado de la licencia de Vizcaíno a la compañía formada por Tomás de Cardona de Sevilla, resultó en el malogrado viaje de su sobrino, Nicolás de Cardona, y Juan de Iturbe al golfo en busca de perlas. Al igual que su antecesor, Cardona encontró a los pericú

de La Paz apacibles y, asistiendo a misa imitaron a los españoles, tomando rosarios de los soldados y arrodillándose en actitud de rezar, pero en Bahía de San Carlos su aguada fue bloqueada por los guaycura, armados y en actitud de guerra. No obstante su estancia de algunos días en La Paz, Cardona, en su detallada descripción de los habitantes, no hizo ninguna mención de su lenguaje (Mathes 1970:248-259).

Después de otros intentos inútiles de reanudar sus privilegios en California, Cardona tuvo que ceder la licencia al carpintero de ribera Francisco de Ortega de Nueva Galicia. Saliendo de Nayarit en 1632, Ortega, el capitán Esteban Carbonel de Valenzuela y el capellán licenciado Diego de la Nava dejaron detalladas relaciones del viaje realizado desde febrero hasta julio. Llegados a la costa de Cabo San Lucas, Nava describe el acogimiento amistoso de los pericú: “mostraron mucho agradecimiento y me dijeron *payro*, poniendo la mano en el pecho, inclinando la cabeza demostración de él”. Como en anteriores casos, menciona los gestos de paz al dejar las armas en la tierra y “dándoles a entender por señas que Dios estaba en el cielo, y la Virgen María Nuestra Señora, y que era el criado de todo, miraban al cielo y decían ‘Dios, Dios, Virgen María’; señales por las cuales se veía la facilidad que han de tener en su conversión”. Después de una estancia en Cabo San Lucas, al tomar puerto en La Paz, Nava notó que los pericúes llegaron sin armas y que

por señas nos dieron a entender que en un paraje de aquella tierra había tantas maquinas de perlas que toda la gente andaba adornada de ellas, y se pudo tener por cierto, porque algunas cosas que por señas les preguntábamos, y nos respondían siempre trataron verdad. En uno de los días que allí estuvimos nos dieron a entender los Indios como otros sus enemigos venían contra ellos ... disparamos la artillería ... y quedaron agradecidos que lo mostraron muy bien en las señas y acciones que hicieron.

En otro testimonio, Nava describe la llegada a Cabo San Lucas, agregando que “en señal de paz le dijeron *Utere Utere* palabra que parece quisieron decir con otras acciones siéntate o cosa semejante” y que llamaban a los españoles a tomar tierra con “señas de fuegos, humos y con los remos de sus piraguas” (Mathes 1970:272-275, 288-293). Por su parte, Carbonel relató la recepción de los pericú “cantando y haciendo muy grandes extremos de alegría, sin armas ningunas” y después, al notar la falta de un hierro del navío, afirmó que quejaron por señas a un indio quien, también por señas, contestó que iría a traerlo y cumplió. Además, añade más al conocimiento del lenguaje al reportar que

trajeron algunos granos de perlas por cuchillos, que no piden otra cosa: llaman al dicho cuchillo, *Ypiri*, a la hacha, *Ipirica*, al andar, *vivri*: al sentarse, *utere*; para decir *daca* aquello, *unoa*: a la perla, *boo*; a la concha, *nacui*, al capitán a *Poniga*, *Itaurigui* cuando quiere dar a entender que hay paz, arrojan arena por el aire. Esto es lo que alcanzamos a saber de los vocablos de la tierra [Mathes 1970:345-355].

En su relación de este viaje, Ortega, secundó a Nava sobre las señas de amistad de los pericú y la ayuda prestada por disparos hacia sus enemigos al interior de la Bahía de La Paz, agregando que en la Bahía de La Paz los pericú, por señas, invitaron a los españoles a su ranchería y al enseñarles piedras de plata “nos hacían de señas hacia los montes que había mucho de aquellos géneros” (Mathes 1970:418-423).

Durante el segundo viaje entre septiembre de 1633 y abril de 1634, Ortega relató que, a su regreso a la Bahía de La Paz, encontró a los pericú contentos por el amparo de los españoles, pues fue informado por el cacique Bacarí que “tienen guerra con los indios que habitaban la costa del

ponente que los llaman Guaycuras”. Navegando hacia el noroeste en busca de perlas, fondeado en la Isla de San Francisco donde los indígenas bajaron del monte “diciendo capitán amigo, *boo*; que son perlas ... son muy amigables amigos de los del Puerto de La Paz, todos hablan una lengua”. Sin embargo, al llegar a la Isla de Montserrat, Ortega encontró a los guaycura y notó la diferencia lingüística entre ellos y los pericú:

hallamos indios, los cuales llegaron a nosotros temblando; son de diferente nación y lengua que los demás que hasta aquí habíamos visto en este viaje y demarcación; nos dieron pescado asado y no nos entendieron palabra ninguna de la lengua que les hablábamos del Puerto de La Paz, y según lo que con nosotros hicieron, dieron a entender no haber visto españoles jamás.

Aunque le parecieron más belicosos que los pericú, Ortega y su gente mantuvieron relaciones pacíficas con los habitantes de Isla de los Danzantes e Isla del Carmen, quienes “llegaron a juntarse con nosotros y admirados de vernos, llegando a tentarnos y tocarnos las barbas, haciendo muchos extremos, como cosa que en su vida habían visto”. Después de notar la extensión norte de los yacimientos perlíferos en la Isla de San Ildefonso, Ortega regresó a La Paz donde varios pericú recibieron a los españoles diciendo “Capitán, yo cristiano”. Al averiguar que este fue el resultado de bautizos administrados a 106 personas por el bachiller Juan de Zúñiga, su ayudante, Nava prohibió su continuación sin el debido catecismo. Para su protección contra los guaycura, los moradores de La Paz llegaron a establecerse junto al real de los españoles, sin embargo, el hijo del cacique y otros familiares fueron asesinados por el enemigo. Después de los funerales a que asistieron pericú de las Islas de San José y Espíritu Santo, Ortega y una escuadra de soldados acompañaron a Bacarí y sus guerreros durante un asalto contra los guaycura sin poder frenar su venganza, causando la apariencia de una alianza entre los pericú y los españoles contra los guaycura (Mathes 1970:418-423).

La tercera navegación de Ortega, entre enero y mayo de 1636, fue su última entrada debido a grandes daños a su navío. Al llegar a La Paz encontró a

los indios que dejamos cristianos en aqueste puerto, muchos de ellos vinieron diciendo: yo me llamo Jusepe, y otro decía yo me llamo Juan y cada uno iba diciendo su nombre, y todos los indios e indias decían a voces: Santa María ora pro nobis ... y asimismo preguntaban los indios por los españoles que fueron la primera demarcación y segunda, sin habérseles olvidado nombre ninguno.

Continuando su viaje al norte, Ortega pasó la Isla de San Ildefonso donde reconoció que “estos indios es diferente lengua que la de el Puerto de La Paz que no nos entendían palabra” y alcanzó una punta, probablemente de San Francisquito dentro de territorio cochimí, donde “bajaron a la playa, seis indios embijados y emplumados las cabezas, sin armas ningunas; desde allí nos hablaron, no les entendimos cosa, sólo decían que saltáramos en tierra”. También comentó que “comen el maíz, y la demás comida no la quieren, y dan a entender por señas, que lo hay la tierra adentro ... los indios naturales no quisieron bucear, diciendo por señas que hacía frío” (Mathes 1970:440-449).

Los daños al navío de Ortega le impidieron la continuación de sus actividades en el golfo y de nuevo dejó abierta la solicitud de la licencia para la empresa californiana. En 1640 el monopolio fue concedido a Pedro Porter y Casanate, universitario de Zaragoza y navegante experimentado quien estableció un astillero en la costa de Nayarit. En enero de 1644, Porter fue ordenado a dar aviso al galeón de Manila de la presencia de corsarios holandeses en la costa y para

cumplir este requisito mandó a su capitán, Alonso González Barriga, a Cabo San Lucas. Acercándose a la tierra, los pericú prendieron fuegos para llamar a los españoles y “en señal de paz y amor los recibían con alegría, echando arena por el aire y ofreciendo arcos y flechas poniéndolos en el suelo, pidiendo por señas a los nuestros dejasen también sus armas”. Los indios “acudían a la misa, y a la salve, arrodillándose y haciendo las mismas acciones que veían a los nuestros ... al arrojarse tras los pescados ... decían Santa María ora por nobis por haberlo oído y aprendido de los españoles en este y otros viajes.” Después de muchos contratiempos y el incendio de su astillero por malhechores, Porter, y siendo gobernante de Sinaloa, por fin pudo realizar un viaje de reconocimiento hasta el remate del Golfo de California entre octubre de 1648 y abril de 1649. Su reportaje etnográfico fue muy general, aunque de los indígenas relató que “nos llamaban con fuegos y humos ... me recibieron siempre de paz ... hice de su lengua diccionario” y por Bahía Concepción “me recibió alegre gran gentío, y no entendiendo lengua alguna de las que llevábamos, por señas les mandé y me obedecieron, humildes poniendo las armas en el suelo”. Es evidente del testimonio que Porter trató dos grupos lingüísticos distintos, de uno, probablemente pericú, preparó un diccionario que hasta ahora no ha salido a luz, y del otro, probablemente cochimí, no entendió nada. Debido a problemas de salud y falta de recursos, Porter dejó el gobierno de Sinaloa y la empresa de California en 1650, posteriormente ocupando el puesto de capitán general de Chile (Mathes 1970:824-829, 852-857).

La falta de éxito de una persona de la estatura de Porter y la falta de ganancias derivadas de la pesca-rescate de perlas produjo un periodo de inactividad y la licencia vacante hasta finales de 1663, cuando Bernardo Bernal de Piñadero inició el fraude más grande de la historia de las Californias hasta la fecha. Solicitando la licencia para la empresa perlera y comprometiéndose a la colonización y conversión de la región, Bernal recibió el título de almirante, justicia mayor y teniente de capitán general de las Californias. Construyó una fragata en la costa de Sinaloa y reportó que, en 1664, había realizado un viaje al golfo, pero testimonio posterior comprobó que solamente había costeado Sinaloa y Sonora y cuando algunos tripulantes quejaban de sus acciones, les dejaban desterrados en una isla y en 1666 tampoco salió de la costa de Sinaloa y que había zarpado sin llevar el capellán y varios tripulantes (Mathes 1970:926-939, 1092-1105). La suspensión de la licencia de Bernal resultó en el traslado del monopolio a Francisco de Lucenilla en 1667 y entre mayo y septiembre de 1668 realizó lo que iba a ser el último viaje de empresarios perleros a la península. El capellán franciscano fray Juan Caballero Carranco produjo la relación del malogrado viaje que fracasó debido a la falta de riqueza y el subsiguiente amotinamiento de la tripulación, con escasos datos etnológicos. Llegados a la Bahía de Las Palmas, los españoles fueron recibidos amistosamente por los pericú y “nos dijeron donde estaba el agua ... llegaron los indios abordo se les comenzó a pedir perlas llamadas *Vobo* dándoles cuchillos por ellas”. Continuando hacia La Paz, en Isla Cerralvo “donde dejó d. Bernardo Bernal cuando arroja a Pedro de Escandón y a d. Luis, y preguntando a los indios por ellos nos dijeron por señas que habían venido los enemigos llamados guaycuras y los había muerto”. Entrando a la Bahía de La Paz, Caballero notó que

los indios que había en este puerto eran disformes ... muy broncos todos embijados de colores y muy belicosos ... no eran indios marítimos como los otros que habíamos encontrado y traen con ellos continuas guerras, no reconocimos que tuviesen cosa de valor, y así pareció aquel sitio malo para poblar

mientras los habitantes de Cabo San Lucas eran “muy mansos y amigos”, así notando el éxito de los guaycura en su guerra contra los pericú de la ensenada de Los Aripes (Mathes 1970:962-967).

Durante 133 años, por su aislamiento, tierra estéril y clima inhóspita, California resistió la colonización española. Los fallidos intentos de los empresarios perleros comprobaron definitivamente que los pocos beneficios no amortizaron los gastos de adquisición. Aunque se obtuvieron bastantes datos etnológicos, tempranamente los exploradores se dieron cuenta que los interpretes tradicionales fueron inútiles, que a veces un interprete local servía en casos limitados y que, generalmente sus requisitos de comunicación fueron cumplidos con el empleo de señas. La lingüística se había definido solamente por nombre de uno de los principales grupos, los guaycura, vocablo pericú, y el vocabulario indígena recopilado, también pericú, comprendía apenas nueve o diez palabras. El desarrollo de misiones por la Compañía de Jesús en la contra costa sinaloense permitió el auxilio y aprovisionamiento de las expediciones perleras a partir de 1615 y sobre los años los misioneros reconocieron el fracaso de los empresarios y sus capellanes, carentes de apoyo gubernamental y eclesiástico, en la colonización y evangelización de la península. Providencialmente, en 1671 el testamento de Alonso Fernández de la Torre, hacendado azucarero de Guimaraes en Nayarit, incluyó la aplicación de fondos para la fundación de dos misiones jesuitas en Sonora y, gracias al apoyo del virrey Marqués de Mancera, después de extendidas audiencias esta cláusula fue interpretada para incorporar la península californiana, dividiendo la herencia entre los dos territorios (Mathes 1970:995).

La lógica para la cesión de derechos de colonización de California a la Compañía de Jesús fue más que evidente ya que las regiones productivas más cercanas se encontraban bajo su ministerio en Sinaloa y Sonora donde ya llevaban más de medio siglo de administración y la preparación académica y espiritual de los operarios contribuía extensamente al éxito de la nueva política real. De particular importancia son las ordenanzas que regulaban las misiones, primeramente decretadas por el padre visitador Rodrigo de Cabredo en 1610 en la cláusula décima, donde cita:

luego que entre de nuevo algún padre a alguna de estas misiones ponga todo cuidado en aprender la lengua propia de la nación a que está asignado. Y para esto estará algunos meses en compañía de otro padre que la supiere. Y si la lengua fuere nueva como algunas sucede. En tal caso, ayúdese de algunos indios más ladinos, procurando reducir a reglas lo que fuere notando y para que finalmente se componga arte de ella, por el cual la puedan aprender los que después vinieren.

Estas ordenanzas fueron ampliadas en 1662 por el padre visitador Hernando Cabero quien, en la cláusula 39 expuso:

hase reparado en algunos padres que, sabiendo bien la lengua o lenguas de su partido y estando diestros en ellas, por no aplicarse a escribir lo que saben del arte o del catecismo, confesionario, vocabulario y otros papeles que importan a esta materia, sucede que, cuando salen de dicho partido, no se hallan papeles de esto por la omisión que tuvieron que apuntar o de escribir con que el que entre de nuevo se ve obligado a aprenderla con doblado trabajo. Y así se ordena que pongan en esto cuidado particular para que los trabajos de unos sirvan a otros [Burrus 2003:79, 92].

Después de casi una década de audiencias, consultas en España y Roma, selección de personal, construcción de barcos en Níu sobre el Río Sinaloa, y aprovisionamiento, el nuevo intento de colonización de California por la Compañía de Jesús bajo los padres misioneros Eusebio Francisco Kino y Matías Goñi, escoltados por el almirante Isidro de Atondo y Antillón, zarpó rumbo a la Bahía de La Paz en enero de 1683, llegando el 1° de abril debido a vientos contrarios

y tormentas. A su llegada, Atondo informó que los indios que identificó como guaycura, les recibieron “con el orgullo y gritería con que ellos se animan a pelear ... bajaban cada dos a tres días a mariscar sin tanto alboroto ... en que se solicitaba todo lo posible a aprender su lengua para darles a entender a lo que íbamos de parte del rey”. Encontró hostilidad entre los indígenas, y a mediados de mayo algunos tomaron preso a uno de los tripulantes que, según los “indios buenos que llamábamos serranos [pericú]” fue asesinado. Cerca del real, los guaycura trataron de capturar los carneros o los flecharon, y durante una entrada al interior intentaron emboscar a los españoles y Atondo tuvo que mandar “disparar un pedrero y algunos arcabuces de que cayeron diez”. Para evitar mayores conflictos, en espera de la llegada de los barcos que salieron para cargar provisiones, los españoles permanecieron bajo asedio en sus trincheras hasta mediados de julio cuando abandonaron la bahía (Mathes 1974:252-253). En su carta al padre provincial, Kino relató que “los Guaycuras más cercanos a este puerto de La Paz que es gente la mas belicosa pero los curos [pericú] que son más mansos y muy amigos de la nación española son de un grandísimo número de gentío y almas: En el puerto de San Bernabé o cabo de San Lucas” (Burrus 1954:44; Mathes 1974:330).

Fallido el intento de establecer una misión en La Paz, en septiembre de 1683 la expedición salió en busca de otro sitio adecuado y tomando tierra en el sitio a que pusieron el nombre de San Bruno el 6 de octubre, Kino reportó que los cochimí les recibieron amistosamente y al construir una enramada para decir misa, acudieron los indígenas que hablaron tres lenguas, imitaron a los españoles y dieron señales de paz y amistad. Unos días después, reportó estas tres lenguas fueron de los didiu, edu y de los noy del interior. “Pusimos mucho cuidado en aprender ambas lenguas con apuntamientos distintos; a la una llamamos lengua Noé; y a la otra lengua Nebe. El capitanejo de los que hablan la lengua Noé, que son los Edúes, se llama Dionisio.” En noviembre,

Jerónimo, nos enseñaba con mucha maña su lengua índica, avisándonos con mucha puntualidad cómo se pronunciaban los vocablos, verbos y nombres y sílabas, etc.; que tienen todas las letras del A. B. C., quitadas la f y s; pero muy bien la cortan en nuestra lengua cuando rezan el bendito y alabado.

En diciembre, Kino acompañó a Atondo en la exploración hacia la costa del Pacífico y cerca de los Comondúes encontraron a un grupo de indios que pusieron sus armas en el suelo y el capitanejo

me hizo señas que pasaremos adelante ... pero ni él ni los suyos no hablaban palabra.... Yo les hablé en las dos lenguas [de San Bruno] ... aunque con pocas esperanzas que las habían de entender; y juzgando su lengua de éstos sería otra tercera lengua muy diferente; pero me respondió en lengua Nebe, y reparamos no tiene diferente lengua que los didius [Burrus 1954:48, 54, 74].

Antes de su salida para Nío, Kino recibió las relaciones con sus breves menciones lingüísticas de Francisco de Ortega y Esteban Carbonel de Valenzuela prestados por Carlos de Sigüenza y Góngora (Mathes 1998:21), y dos décadas después, Kino relató que durante su estancia en San Bruno escribió que “formé vocabulario y arte o gramática de la lengua trascendental, laimona o Nebe de los Laimones y Gimes de la dicha California”, documento que no ha salido a luz (Burrus 1954:114).

Atondo, al realizar reconocimientos hacia el interior de Londó, notó que, al encontrar los españoles, “los gentiles pusieron las armas en el suelo y se sentaron” y que hablaron la misma lengua que los de San Bruno, aunque en otra ocasión entrando unos 30 km hacia el poniente “encontramos indios de diversa lengua”. Dependiendo de abastecimiento de las misiones de

Sinaloa, la de San Bruno sobrevivió y el padre Juan Bautista Copart llegó desde la contracosta para ayudarlo a Kino. Sin embargo, hacia finales de 1684, el contador de la expedición, Jacinto Muñoz de Moraza, reportó que los edú y didiu continuaron matando y comiendo los caballos, mulas y demás animales domésticos que encontraron en el monte y que los edú eran más amistosos porque “hicieron señas que el almirante disparó y mató guaycura y señalaron con los dedos cuantos”. Atondo, en un informe de diciembre de 1684, también relató una ceremonia funeraria encabezada por el capitán de los didiu, Leopoldo, presenciada por sus soldados en San Isidro (San Juan Londó) en la se distribuyó entre los asistentes “la semilla que llaman medesé [mezquite] y este dicen dichos gentiles que les habla en su lengua que baja del cielo que les da las pitahayas el medesé y otras semillas que comen silvestres”. Tratando los edú, Atondo informa que son del mismo grupo que ocupa Isla Danzantes, que asisten en San Bruno y que los padres y un soldado “trabajan en aprender la lengua de dicha nación edu y el padre rector y el alférez Nicolás de Contreras Ladrón de Guevara en aprender la lengua de dicha nación didiu que es de la que tenemos noticia que se extiende hasta la contra costa”. En el mismo mes, Kino envió un informe en que avisó que en San Bruno, San Isidro, San Juan, San Dionisio y San Javier “rezan las oraciones parte en lengua castellana parte en su propia lengua y cantan la salve todos los días”, los edú capitaneado por Dionisio y los didiu por Leopoldo (Mathes 1974:380-383, 472-474, 485, 524-527, 501, 519-520).

Ya avanzada la misión de San Bruno, Atondo inició la búsqueda de Bahía Magdalena en la costa del Pacífico como posible puerto para el galeón de Manila. Saliendo en diciembre de 1684 con Kino, una escuadra de soldados y unos guías de la misión, Atondo marchó hacia el poniente, notando los topónimos indígenas de los sitios Nebocoxol, Bunmedojol, Cupemeyení y Meyitesircongó donde hablaron el idioma edú. Ya en la sierra, encontraron un grupo de indígenas guyimí y los guías no querían seguir adelante por ser éstos sus enemigos. Sin embargo, quedaron bajo la protección de los españoles y la expedición acompañó a los guyimí a un sitio llamado Gaelvxú y Kino pudo comunicarse con ellos “porque dichos guyimíes hablan la misma lengua que los de la ranchería circunvecina al real de San Bruno”. Siguieron a Ebocoó y bajando el arroyo llegaron a la colina que nombraron el Sombrerete de San Juan de donde vieron la costa de lejos. Llegados a la playa, Kino pudo asegurar a los indígenas de las buenas intenciones de los españoles en su idioma que notó fue “en algo distinta de la del real de San Bruno”. Por haber alcanzado la costa muy al norte de la bahía, Atondo y Kino regresaron a la misión a mediados de enero de 1685 (Mathes 1974:607-626).

Al fracasar su primer intento de alcanzar Bahía Magdalena a la altura de San Bruno, en febrero de 1685 Atondo, con una escuadra, unos guías edú, y el padre Matías Goñi, partió hacia el sur por la costa en busca de un paso al poniente por la Sierra de la Giganta. Aunque sin definir el significado, Atondo anotó la toponimia indígena de los agujajes y sitios desde Fuirú, Damadamuyeté, Adluiruittó, Conchó, nombrado San Dionisio anteriormente durante la exploración marítima, Onu y Notrí donde fueron informados que no deben seguir adelante por ser territorio de los monqui, enemigos de los edú. Sin embargo, continuaron hacia el sur por la costa a un sitio llamado V donde los indígenas mataron dos caballos, pero siguieron a Chuenqué donde Goñi reconoció una lengua distinta de la de edú que utilizaba durante la caminata para comunicar con los indígenas. Después llegaron a Digurupú (Puerto Escondido), Taraypuá donde los guías edú de las anteriores rancherías con señas y lengua avisaron del peligro de los monqui y volvieron al norte para evadir estos enemigos. Sin embargo, continuaron a Requé y Oyié (Cuesta de Ligüí) sin encontrar ningún paso por la sierra antes de iniciar el regreso a San Bruno, descubriendo otro agujaje al norte de Conchó en Noquibayá y llegando a la misión a principios de marzo (Mathes 1974:588-605).

Debido al alto costo e irregularidad de abastecimiento de San Bruno, Atondo y Kino tuvieron que dejar la empresa en 1685. Sin embargo, esta retirada no significó un abandono total, sino Kino puso grandes esfuerzos en su intento de convencer las autoridades reales y eclesiásticas de la importancia de la misión californiana. En una carta al obispo de Guadalajara desde Torin en Sonora a fines de mayo, Kino escribió de su tristeza en pensar que los indígenas sólo tendrían los mescales y el medesé de alimentación, que muchos sabían la doctrina cristiana y las oraciones en su lengua, que los neófitos rogaron acompañar a los misioneros y que para aprender el castellano, trajo a dos neófitos, Juanillo Garabito y Andresillo Cervantes. Ya en Guadalajara en octubre, Kino reiteró sus preocupaciones sobre el abandono de la misión californiana, escribiendo que las naciones “la de los guyimíes, la de los edúes y la de los monqui ya están tan reducidas e instruidas”, que

los de la lengua y nación de guyimíes o didius y los de la Real de San Dionisio son de la lengua y nación eduana el uno de los padres misioneros hemos aprendido la lengua de la una nación y el otro la de la otra y si se señalaren otros dos padres con sus limosnas aprendiendo cada uno una de las dos lenguas podrán ser de grandísima utilidad.

Recomendó el aumento de abastecimiento por las misiones de Sinaloa y Sonora y la continuación de la empresa, “con la lengua que hemos aprendido les hemos dicho que hemos ido para su bien” entre los edú de San Dionisio y los guyimí o didiu de San Isidro (Mathes 1974:724-727, 731-740).

Atondo, antes de volver a la costa de Sinaloa, aprovechó de la navegación entre mayo y septiembre para hacer un reconocimiento en busca de yacimientos perlíferos para financiar la empresa californiana. Durante este viaje, notó cerca de la punta de San Francisquito que los cochimí llamaban *aynu* al pescado y que “dijeron con señas y con palabras” donde había perlas. Al llegar a Bahía San Carlos, Atondo notó que los guaycura “nos dieron a entender estos naturales tenían guerras con los de la nación edú y algunas palabras de su idioma como son las que hablan los indios del Real de San Bruno”, y en Puerto Escondido escribió que al ofrecer machetes y cuchillos “por perlas que en el idioma de estos se llaman *riyero* respondieron que no las tenían”. Al regresar a México, en febrero de 1686, Atondo solicitó financiamiento de una nueva entrada a California, aclarando que

el Valle de San Bruno es habitado de dos distintas naciones la una llaman didui y esta habita la mayor parte de dicho valle y se extiende la tierra adentro hasta la contra costa y mar de Filipinas y comprende en si el valle que llamamos de San Juan lo otra llamada edú esta habita parte de dicho valle se extiende veinte y cinco leguas poco más o menos por la costa y confina según hemos tenido noticia de ellos mismo por dicha contra costa con la nación guaycura del puerto de La Paz ... dimos a entender porque se tenía ya aprendida mucha parte de sus idiomas.

Los didui “eran los mas asistentes a acudir a tarde y mañana a la doctrina ... procuraban principalmente los párvulos aprender nuestro idioma y darnos a entender la suya ... explicándoles con las mejores palabras que en su idioma se habían aprendido”. Recomienda “cuatro padres ministros; dos que eduquen y doctrinen en la nación didui y dos para la enseñanza de la nación edú porque si fallece o enferma el uno no se queden los naturales sin ministro y se pierda lo que se hubiere adquirido de su idioma” (Mathes 1974:768-775, 797-801).¹

¹ Existen en los libros estantes de registro de bautismos, matrimonios y defunciones de las misiones peninsulares numerosos topónimos y nombres que, en general, han de ser descriptivos, pero lamentablemente no existen

No obstante su corta vida, la misión de San Bruno abrió el camino a la colonización permanente de las Californias. Aunque sus solicitudes no fueron favorecidas, Kino no dejó de ser promotor entusiástico a favor de la empresa jesuítica en la península y transmitió este espíritu a sus correligionarios en México y Tepotzotlán antes de salir en 1687 a su nuevo puesto de misionero de la Pimería Alta en Sonora. La estancia en San Bruno produjo un conocimiento más detallado de la vida indígena y su consideración para la metodología misional de la región, la topografía apropiada para los asentamientos y una amplia facilidad lingüística entre los cochimí en cumplimiento de las ordenanzas al respecto. El principal obstáculo a la fundación de misiones californianas, el financiamiento, fue resuelto por medio de la solicitud de limosnas por tres padres jesuitas, Juan María de Salvatierra, Francisco María Piccolo y Juan de Ugarte, y ya para 1697 lo que llevaría el nombre del Fondo Piadoso de las Californias sumaba lo suficiente para reiniciar la empresa. En octubre de aquel año, Salvatierra llegó a la Bahía de San Dionisio Conchó, sitio favorecido por Kino, y fundó Nuestra Señora de Loreto que llegaría a ser el primer asentamiento europeo permanente en las Californias.

Apenas un mes después de la fundación, Salvatierra aprovechó de la salida del barco de aprovisionamiento a Matanchel que había traído a Piccolo, para enviar una carta a su procurador en México, Juan de Ugarte. Fechada el 27 de noviembre de 1697, esta primera comunicación entre misioneros relató los detalles de las primeras semanas, y Salvatierra informó que “voy con los papeles del padre Juan Bautista Copart, entrando con ellos en hablar en alguna cosa de nuestra Santa Fe, y deberá todo a dicho padre, y a lo que bien trabajó la Doctrina Cristiana en esta lengua de lo cual ellos quedan muy admirados” y que unos días después un indio le decía “almirante, almirante” mientras “otros sabían decir: Santa María ora pro nobis, era sin conocimiento de las palabras, sino materialidad, y al mismo paso pronuncian otras palabras: mantequilla, perro, señor; y otras al tono.” Mencionó también que “Por decir la palabra matar dicen: *luí, luí*. Hice que no entendía, como a cada paso sucede en quien aprende lengua y se está enseñando en ella.”, y que la palabra *ibó* significa el sol (León-Portilla 1997:105-113; Río 1997:80, 83, 85, 88.).

El 3 de julio de 1698, Salvatierra mandó una nueva carta de relación a Ugarte, detallando los acontecimientos de los siete meses anteriores. Reportó que, cuando Piccolo administró el bautismo a un joven indio que “habló con palabras y señas expresivas”, los chamanes se llaman “*yenqués*”, así demostrando un avance en comunicaciones verbales con los neófitos. Nueve meses después, escribió a Ugarte el 1° de abril de 1699, notando las diferencias lingüísticas entre los monqui y cochimí en la toponimia y una fruta que los primeros llaman *neunquí* y éstos, *medecil*, que al sur de Loreto el topónimo de *Chuenqué* significa lugar de bledezales. En su siguiente carta a Ugarte del 9 de julio del mismo año aclaró que los cochimí dan el nombre de *edú* a los monqui y que “*¡Pua, pua!*” significa embarcación en monqui (Río 1997:108, 119; 145, 148; 178, 183).

En su *Informe del Estado de la Nueva Cristiandad*, impreso en 1702 para promover el apoyo de las misiones, el segundo misionero, Francisco María Piccolo relato que

llegaban algunos a nuestro real; y con su comunicación, se aprendió lo bastante para darles a entender, en su lengua, el fin de nuestra llegada a sus tierras. Entendiéronlo bien.... Ya con su fácil comunicación, pusimos todo estudio en saber su lengua, que es la lengua monqui. Allanada esta dificultad, por el espacio de dos años continuos, les predicamos y enseñamos la doctrina.

Con la fundación de la segunda misión, San Francisco Xavier,

traducciones de los mismos.

reconocimos haber en ellas mezcla de naciones de diversas lenguas: la una era la lengua monqui, que ya sabíamos; la otra era la laymona, que ignorábamos. Luego nos pusimos, con todo cuidado, a aprenderla; y, por ser esta lengua trascendental y que parece que es la general en tan dilatado reino, con el continuo estudio la supimos en breve; y en ella a los laymones como en la monqui a los monquis, se les predica continuamente y se les enseña la doctrina.

Aunque no los define, Piccolo también agrega varios topónimos de los sitios y rancherías de los alrededores de Loreto y San Javier y al tratar el carácter de los neófitos informó:

Su genio es muy vivo y despierto, y lo muestran, entre otras cosas en mofar mucho cualquiera barbarismo en su lengua, como al principio lo hicieron con nosotros al predicarles. Después de estar domesticados, se llegan a corregirnos, después de predicar, cualquier desliz en su lengua [Burrus 1962:49-51, 54-55, 65.].

Gracias en gran parte al *Informe* de Piccolo, la Compañía de Jesús experimentó una expansión de su empresa californiana y sus operarios adquirieron suficientes conocimientos lingüísticos que las menciones sobre la materia disminuyeron en la documentación y la comunicación por señas prácticamente desapareció. Sin embargo, dos décadas más tarde, una señal no notada anteriormente apareció en el diario del padre Clemente Guillén al regreso a Ligüi de su expedición a la Bahía de La Paz en 1720. Al sur de San Luis Gonzaga, reportó que “vimos una planta de pitahaya, toda destrozada, hecha añicos, y de ella algunos pedacillos mayores están clavados contra el suelo con estacas o palos aguzados, lo que interpretaron nuestros indios amigos y españoles práctico, ser hecho a fin de declararnos enemigos y rompernos guerra” (Lazcano 2000:115).

El protohistoriador de California, padre Miguel Venegas, S.J., al recopilar las relaciones, cartas y cuestionarios que envió a los misioneros, produjo su manuscrito *Empresas apostólicas...* en 1739, el cual fue editado por Andrés Marcos Burriel, S.J. y publicado en tres tomos en Madrid por la Viuda de Manuel Fernández en 1757 bajo el título de *Noticia de la California, y de su conquista temporal, y espiritual hasta el tiempo presente*. Venegas-Burriel dedican un capítulo a los idiomas de los californios en el cual, citando al padre Sigismundo Taraval, que son tres, cochimí, pericú y

la de Loreto. De esta última salen dos ramos, y son: la guaycura, y la uchití; verdad es, que es la variación tanta, que el que no tuviere conocimiento de las tres lenguas, juzgará, no solo que hay cuatro lenguas, sino que hay cinco. Los indios no se entienden sino en unas cuantas palabras, que significan lo mismo en las tres lenguas de Loreto, guaycura, y uchití, y estas son bien pocas. Puede ser, que de dos lenguas se formasen estas tres variaciones, y entonces serán cuatro; pero contadas de diverso modo. Iguales a las lenguas son las naciones principales descubiertas, que pueblan la península, dividida la cual en tres partes casi iguales. Está poblada la primera hacia el mediodía, desde cabo de San Lucas, hasta más acá del puerto de La Paz de la nación pericú, o siguiendo la terminación castellana de los pericúes: la segunda desde La Paz hasta más arriba del presidio real de Loreto, es de los monquis: la tercera desde el territorio de Loreto, por todo lo descubierto al norte de la nación cochimí, o de los cochimíes. Sin embargo es de notar, que en el territorio de una nación, y lenguaje suele haber algunas rancherías de las otras lenguas, y naciones. ...Para proceder con la claridad posible entre tanta confusión, y no

tropezar después, es de notar, que en la lengua de la misión de Loreto Conchó, donde está el real presidio, y que es la capital de todas las misiones, tienen particulares vocablos, con que apellidan a las naciones, que pueblan la península, relativamente al paraje donde moran. A los indios que caen al sur, o mediodía de su territorio, llama edú, o equú, o edúes: a si mismos se llaman con vocablo general monqui, o monquis, y a los que habitan al norte de Loreto llaman laymones. Estos tres nombres se han hecho bastantemente comunes en la California, extendiéndose su uso desde la capital ... es justo advertir, que los edúes son los mismos, que los pericúes del sur, aunque el nombre de edúes no solo comprenda a estos, sino también a algunas ramas de la nación general de Loreto, o de los monquis. Los laymones son los mismos, que los cochimíes del norte, aunque el nombre de laymones no solo comprende a estos, sino también a algunas rancherías de la misma nación mediterránea monqui, o lauretana. La nación de los pericúes, o edúes, que, como se ha dicho, pueblan la parte más meridional de la California hacia el cabo de San Lucas, se divide en varias nacioncillas pequeñas, de las cuales la más nombrada es la de los coras, nombre propio de una ranchería, que se ha comunicado después a algunos pueblos, y al río que desagua en la bahía de San Bernabé. La nación de Loreto no tiene nombre propio de la lengua de los indios, que la signifique en toda su extensión; por eso para apellidarla en general usamos del nombre de la principal de sus ramas, que es la de los monquis. Pero fuera de esta hay otras, que toman sus nombres de la diferencia de los dialectos, sitios en que viven, y otras casualidades. Las principales son: la de los uchitíes, que pueblan las cercanías de la bahía, y puerto de La Paz; y la de los guaycuras, que desde La Paz se extienden en la costa interior hasta las cercanías de Loreto. Los monquis mismos se dividen en liyúes, didiús, y otras ramas menores. Los que juzgan ser lenguas distintas de la de los monquis la guaycura, y la uchití, creen también, que son distintas naciones, y no ramas de una misma; sin embargo, que debe estarse al testimonio del padre Taraval, que cree ser una nación y una lengua general. La nación de los cochimíes, o laymones es la más numerosa de todas, y hasta ahora no se sabe el último término de esta lengua. Divídase también en varias ramas, que tienen algunas cortas variaciones en el idioma, terminación, y pronunciación, como se observa en la última misión al norte, consagrada a San Ignacio, y en lo restante de la costa, desde ella, hasta el río Colorado, y aun también en la costa opuesta occidental, en la playa llamada de San Xavier, e islas de los Dolores. Estas son las naciones, que hasta ahora se han reducido, aunque todavía parece que prosigue la nación, y lengua de los cochimíes hacia el norte.

Aunque dedica un capítulo a la historia natural, Venegas-Burriel lamentablemente no relató los nombres indígenas de las plantas y animales y también, al tratar las creencias religiosas de los californios, nombra personajes mitológicos y algunos otros términos indígenas sin indicar su significado en castellano (Venegas 1979(1):62-67; 43-53, 102-109.).

Al tratar la historia de la Compañía de Jesús en California, Venegas-Burriel señaló el claro cumplimiento de la cláusula 10 de las ordenanzas de 1610 y la 39 de las de 1662. Relató que, recién fundada la misión de Nuestra Señora de Loreto,

el padre Salvatierra dedicó desde luego a la enseñanza de los indios, y a aprender la lengua, señalando para esto horas, en que los indios concurrían a repetir las

oraciones, y doctrina, que les leía por los papeles del padre Copart; y el padre los oía hablar después, con la pluma en la mano, para notar sus voces, hablando el padre, y enmendándole los indios los yerros de los vocablos, o de la pronunciación. Enseñaba a los niños el castellano, valiéndose de varias industrias: sufría las burlas, con que ellos, y los adultos mofaban de los yerros, que cometía, al pronunciar su lengua.

Ya llegado el padre Piccolo, anotó que, en abril de 1698,

los padres se aplicaron con nuevo fervor a la enseñanza de los indios, y a aprender ellos la lengua. Para hacer esto con más comodidad, y para tener en todo lance resguardo contra la inconstante veleidad de los indios, se encargó el padre Piccolo de instruir a los niños, y niñas, los cuales hacía entrar dentro de la trinchera. Entretanto doctrinaba fuera de ella el padre Salvatierra a los adultos.

Al tratar la fundación de San Juan Bautista Londó y de San Francisco Javier en 1699, notó: “dueños ya los dos padres de la lengua del país, y hallándose con caballos para las entradas a tierra tan áspera, y pobre, resolvieron penetrar en ella por varios lados” (Venegas 1979(2):20, 43, 48).

La llegada del padre Juan de Ugarte permitió la salida de Piccolo para establecerse en San Javier, mientras “el padre Ugarte quedó con Salvatierra en Loreto, para aprender la lengua” y “al fin del mismo año de 1700 ya tenía el padre Ugarte bastante conocimiento de la lengua del país”. En 1702, al llegar a Loreto los padres Jerónimo Minutili y Juan María Basaldúa, éste fue destinado “a San Javier con el padre Piccolo, a instruirse en la lengua” y dos años después, Salvatierra, al explorar el sitio de Ligüí, “acompañado del padre Pedro Ugarte, un soldado, y dos indios, que habían de ser intérpretes, por ser la lengua algo diversa de la Lauretana.” A su llegada, fue recibido por una emboscada, pero “se arrojaron a tierra con sus armas... Entonces el padre les hizo decir por los intérpretes, que no tuviesen miedo” y después de establecer amistad, el padre Pedro de Ugarte regresó a Loreto “para acabar de aprender la lengua y administrar el presidio.” Al volver Ugarte a establecer una misión en el sitio en 1705, notó que

llaman aquel paraje los monquis en su lengua Ligüí, y los laymones en la suya Malibat ... la doctrina, que les explicaba, como podía por medio de indios de Loreto, mientras aprendía su lengua.... De otras tales industrias se valió, para aprender su lengua, enseñando primero a los muchachos muchas voces de la castellana, para que luego fuesen sus maestros de la suya propia. Cuando por ellos, por los intérpretes de Loreto, y por la observación, y trato con los adultos, tuvo ya de ella conocimiento bastante, empezó a catequizar a aquellos pobres gentiles [Venegas 1979(2):109, 111, 128, 147-148, 178, 182-184].

La fundación de Santa Rosalía de Mulegé por Piccolo en 1705, fue de tal éxito que Venegas-Burriel notó que, en 1718 “han aprendido muchos indios bastantemente la lengua castellana, y han servido de intérpretes, así para nuevas entradas a otras naciones, como para asistencia, y enseñanza de nuevos misioneros.” En 1706, desde Santa Rosalía establecieron comunicación con “los cochimíes del norte de las ranherías de Kadá-Kaaman, que significa en su lengua Arroyo de Carrizal”. Al recopilar las tareas de los misioneros, reportó de los neófitos que

en Loreto, donde hay escuela de leer, y escribir ... aprenden el castellano, y después sirven de fiscales de las iglesias, y maestros de la doctrina en sus ranherías ... el rezar la doctrina traducida en sus lenguas, que el padre concluye con explicación.... En Loreto se hace también lo mismo los sábados en castellano para la gente del

presidio.

Afirmó que “se observan, en cuanto es posible, las Ordenanzas de el padre Cabero”. Estas provisiones fueron seguidas por el padre Nicolás Tamaral, llegado a California en 1716, destinado a Santa Rosalía donde de Piccolo “por algunos meses aprendió la lengua y le hizo práctico en los ministerios” y después estableció La Purísima Concepción de Cadegomó en 1720 (Venegas 1979(2):189-190, 224, 248-249, 252, 309-310).

En el mismo año, la *Noticia* relató que se efectuó la entrada hacia el sur al territorio de los guaycura que “porque en las expediciones pasadas, unos soldados oyeron gritar muchas veces al saltar a tierra: *guaxóro, guaxóro*, que en lengua del país significa amigo. Desde entonces los dieron en llamar guaxóros, y después guaycuros”. Al establecer la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz por el padre Jaime Bravo, “el primer trabajo del padre fue, como en toda nueva misión, el aprender de ellos mismos su lengua”. Durante el mismo año, el padre Everardo Hellen, “que ya había aprendido algo de la lengua, con el rudo, y penoso magisterio de un indio” estableció la misión de Nuestra Señora de Guadalupe de Huasinapí, donde “empezó luego el padre, con lo que sabía de su lengua, a instruirlos en la doctrina cristiana, que llevaba traducida”. El padre Clemente Guillén, fundó el año siguiente la misión de Nuestra Señora de los Dolores en el sitio que Venegas-Burriel reportó se llamaba “Tañuetía, que vale tanto como Lugar de Patos”. El padre Ignacio María Nápoli, en su jornada a la fundación de Santiago en 1721, encontró el conflicto entre guaycura y pericú en Bahía de Las Palmas en compañía de

un mal intérprete. El padre Bravo, que sabía ya la lengua guaycura medianamente, y podía ser entendido de los coras, lejos de poder servir en esta coyuntura, era quien, sin querer, hacía el mayor daño; porque era mirado como padre, cabeza, y jefe de sus enemigos ... hicieronse las paces, y amistades de guaycuras, y coras.... Detúvose el padre Nápoli dos meses en la misión de La Paz, así para esperar provisiones, como para aprender lo más que pudo de la lengua de los coras: trabajo forzoso y regular en toda misión; pero uno de los mayores, que se deben sufrir, como puede conocer cualquiera [Venegas 1979(2):322, 326-328, 377, 384-387].

Hacia el norte, la fundación de San Ignacio en 1728 abrió el norte cochimí, y al año siguiente, el misionero Juan Bautista Luyando “desde la primera plática, que el padre hizo a los cochimíes en su lengua, anunciado los atributos de Dios ... se valía este de los *guamas*, o hechiceros para engañarlos ... desde la entrada del padre ... había quitado los *tayés*, o venados”, pero al comprobar que la falta de venado antecedió su venida, Luyando logró el apoyo de sus neófitos. En su viaje desde San Ignacio a la Isla de Cedros en 1732, el padre Sigismundo Taraval mencionó su visita a *Afegúa* (Isla Trinidad) “que significa Isla de Aves” y a *Amalgua* (Isla de Cedros) “que significa Isla de Nebilinas” desde donde logró llevar la población a la protección de San Ignacio. Aunque Venegas-Burriel nombra varios topónimos y algunos nombres propios, no defina sus significados (Venegas 1979(2):399-402, 436-437).

Burriel incluyó en el apéndice de la *Noticia* el diario del viaje del padre Fernando Consag de 1746. Durante esta expedición a la desembocadura del río Colorado en julio de 1746, Consag notó que cerca de Puertecitos, entre las Bahías de San Luis Gonzaga y San Felipe, encontraron “los últimos gentiles con quienes se habló, aunque con dificultad, por la gran diferencia con que hablan el idioma cochimí; tanto, que casi lo extraen de si mismo, conservando solamente algunas palabras con clara expresión del dicho idioma cochimí” (Lazcano y Peričić 2001:180; Venegas 1979(3):178).

En una segunda expedición en 1751 hacia el norte de San Ignacio por la vertiente del

Pacífico, Consag observó una señal en territorio cochimí igual que la observada por Guillén tres décadas antes entre los guaycura de la región de San Luis Gonzaga. Al sur de Punta Prieta en el arroyo de San Andrés, notó que “la señal de hostilidad, que suele ser un brazo de pitahayal, o dulce o agrio, o de cardón, que a golpes de palos y a flechazos traspasan, dejando en el clavadas, pero quebradas, las flechas, para indicar que lo mismo ejecutarán con los que se atreviesen a acercarse a su ranchería.” En la misma altura anotó también cambios lingüísticos, evidencia de su entrada a la frontera cochimí-yumana, ya que al llegar a la ranchería de los enemigos

dejóseles también recado, pero no le entendieron. Ya muy noche volvió el cabo con su comitiva, trayendo un hombre robusto.... Se procuró agasajar el huésped, con todo, parte por el susto de mirarse entre gente nunca vista, parte por la diversidad del idioma, no se pudo sacar ningún informe.

A su regreso, en la sierra de San Borja, observó que “con la variación y diversidad del dialecto, empieza esta nación a tenerla en sus armas” (Lazcano 2000:169-170, 180). En el diario del último avance de los jesuitas hacia el norte desde la misión de San Francisco Borja hacia el Río Colorado por la Sierra de San Pedro Mártir en 1766, el padre Wenceslaus Linck observó que llegando hacia la Bahía de San Felipe, “el gentil que quedó, varias noticias nos dio, que se entendieron con dificultad, porque aunque hasta aquí es una misma lengua en todo lo andado, sucede lo que casi en todas las rancherías, que usan muchas palabras propias, y tienen sus especiales acentos de pronunciar” (Lazcano 2000:213).

La Pragmática Sanción de 1767 decretando la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios españoles interrumpió la continuidad misionera en California. En abril de 1768, los frailes franciscanos del Colegio de San Fernando de México bajo la presidencia de fray Junípero Serra ocuparon las misiones peninsulares e iniciaron el avance hacia Alta California en 1769 al establecer la misión de San Fernando de Velicatá y recorrer los 450 km a la Bahía de San Diego. Desde la primera década del establecimiento de Nueva España, la orden franciscana fue pionera en el estudio de las lenguas indígenas, su transliteración y la recopilación de vocabularios y gramáticas. Sin embargo, al tomar posesión de las misiones peninsulares la instrucción y reglas dadas por el Visitador José de Gálvez para la administración económica, gobierno interior y doméstico de los naturales de las misiones del departamento del sur de la península de California, las que han de tener presentes y han de hacer observar los misioneros, fecha en Real de Santa Ana el 1° de octubre de 1768, en su cláusula 27 ordena

Por ser obligación en todos los indios reducidos de mucho tiempo, como lo están estos, saber la doctrina cristiana en castellano, y ser para ellos de especial honor hablar la lengua de su rey y señor, prohibo que el que no la supiere pueda ser elegido gobernador, ni tener otro cargo público en su comunidad, pues deben entender todos los naturales que es falta de respeto hablar a los superiores en su idioma particular, y desatención grosera hacerlo con cualesquiera otras personas que no los entiendan.

Así, efectivamente, terminó el estudio y la comunicación en lenguas indígenas entre los misioneros y sus neófitos, hecho que evidentemente contribuyó al poco éxito de los sucesores de la Compañía de Jesús. Esta disposición de Gálvez, junta con sus órdenes para la supresión de algunas misiones y la mudanza de sus neófitos a otras con una mayoría de otro grupo lingüístico, dañó la identidad étnica de los indígenas sin ofrecer oportunidades de integración, contribuyendo a la huida de las misiones, el declinar de las mismas y la hostilidad contra los misioneros. Cuatro

años después, en su informe del 11 de abril de 1772 al virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa, fray Juan Ramos de Lora expuso que “son estos indios de Loreto los más ladinos y castellanos de toda la California”. Este hecho fue ampliado por el presidente de las misiones peninsulares, fray Francisco Palóu en una carta del 13 de junio del mismo año desde San Javier al guardián del Colegio de San Fernando, fray Rafael Verger, al escribir que desde San Fernando Velicatá al sur son “sólo misiones de nombre por ser tan pocos los indios, y todos ladinos” (Palóu 1994:431, 477, 239).

Durante la marcha terrestre hacia Alta California en 1769 bajo el mando del capitán Fernando de Rivera y Moncada, los expedicionarios tenían poco contacto con la población indígena que, en general, huía al monte al llegar los soldados y misioneros. Fray Juan Crespi, en su diario del viaje, notó que el 10 de abril, en el sitio del rancho Valladares, el origen del topónimo al reportar que “a este paraje, antes de salir, enterré a un Manuel Valledares, indio casado que era con Juana del pueblo de San Borja, de la misión de San Ignacio.... Cuya muerte sentí con todo mi corazón, por los buenos oficios que me había hecho en todo el camino, sirviéndome de intérprete”. Un mes después, el 11 de mayo en el valle de El Descanso, Crespi tuvo uno de sus pocos contactos con los indígenas, unos de los cuales habían observado el paso de la contingencia marítima rumbo a la Bahía de San Diego: “Y nos volvieron a dar razón de los dos barcos, y que ya no estaban lejos en donde estaban parados, que había gente como nosotros, y también padres, tomando mi hábito y señalándome a mi” (Lazcano 2000:261).

La breve ocupación franciscana de la península terminó en 1773 con la llegada de frailes dominicos a Loreto en mayo, para ocupar las misiones según los términos del concordato entre superiores de ambas órdenes del año anterior. Este produjo la primera división de las Californias, estableciendo la jurisdicción misional de los franciscanos desde el margen norte del arroyo de San Miguel hacia el polo y la de los dominicos desde aquel arroyo hasta Cabo San Lucas. Además de ocupar las misiones ex jesuitas y San Fernando Velicatá, quedaron para la fundación de los dominicos los establecimientos programados para cubrir los 450 km entre Velicatá y San Diego. Comenzando con Nuestra Señora del Rosario de Viñadaco en 1774, al año siguiente se estableció Santo Domingo y en 1780 fue fundada San Vicente Ferrer. La escasa documentación de la presencia dominica en California reduce la información etnográfica disponible a una sola obra, *Noticias de la Provincia de Californias en tres cartas de un sacerdote religioso, hijo del Real Convento de Predicadores de Valencia, a un amigo suyo*, impresa por Los Hermanos de Orga en Valencia en fascículos en 1794-1795. Su autor, fray Luis Sales, llegó a la península en 1773, sirvió en Nuestra Señora de Guadalupe de Huasinapi, San Borja y San Vicente hasta 1787 cuando estableció la misión de San Miguel Arcángel de la Frontera sobre el límite de la jurisdicción de su orden, donde sirvió hasta su salida de regreso a España en 1789. Utilizando la obra de Venegas-Burriel, la biografía de fray Junípero Serra de Francisco Palóu (1787) y *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjerías, por algunos misioneros de la Compañía de Jesús* (Davin 1753-1757), juntos con sus propias observaciones, Sales incluyó unos párrafos sobre la lingüística en que hizo las primeras observaciones sobre los idiomas de la familia yumana:

Es tanta la diversidad de idiomas que se han advertido en esta provincia de Californias, que verdaderamente causa admiración. Algunos pensaron que en esta provincia sólo había dos idiomas distintos. El uno, todo lo que comprende la parte del mediodía y llamaban Ado; y el otro, todo lo que abraza el departamento del norte y llamaban Cochimí.... Los pueblos de San Francisco de Borja y San Fernando no se distinguen entre sí, pero mucho de los demás. Los del Rosario y Santo Domingo son distintos en términos de pronunciación. El pueblo de San

Vicente contiene tres idiomas distintos bajo de un mismo gobierno o misión. El idioma de los serranos es muy diferente de todos y sólo se extiende a la distancia de unas siete leguas, y ya varía, de modo que causa la mayor confusión y aflicción al pobre misionero, y se ve precisado muchas veces a valerse de los indios intérpretes, de quienes apenas se puede tener seguridad, por ser, como dije a los principios, demasíadamente falsos y mentirosos.... La articulación de las voces en el departamento del sur o mediodía es bastante suave, pero en el departamento del norte es gutural y desagradable. La diversidad de idiomas en un pueblo o misión depende de que todos los hijos han de aprender el idioma de su padre, por lo que una mujer que tenga o haya tenido muchos maridos ... se ve cuanta diversidad tendrá dentro de su familia.... No tienen ni declinaciones, ni conjugaciones; un solo término es presente, es pretérito y es futuro ... y por el contexto se comprende lo que el otro quiere decir.... Las letras tienen la misma fuerza que en nosotros, sólo que la d y la f jamás las usan ... por ejemplo escribir; ellos dicen *tenuur*, que equivale rayar. Su modo de contar es muy diminuto y corto.... Cuando la cuenta entra en una multitud, la explican echando puñados de tierra al aires, mirando y soplando al cielo; pero esta acción es algo equívoca, pues sirve para manifestar alegría en la llegada de un amigo [Sales 1960:62-64.].

Al tratar la fundación de una misión nueva, como en el caso de Nuestra Señora del Rosario en Viñadaco, Sales relató que “si el misionero no entiende el idioma, les habla por un intérprete y les asegura que ha llegado a aquel paraje para hacerles felices en el alma y en el cuerpo”. Agregó que

aunque las misiones antiguas reducidas son a modo de curatos cortos (cuyos individuos ya saben la lengua castellana), mas en las fronteras de los gentiles, en donde he vivido muchos años, los trabajos son imponderables, bien que, tanto en unas como en otras, estos indios infelices nos quitan a todos la soledad y no nos hacen compañía [Sales 1960:150, 162].

Hacia los finales del siglo XVIII, unas expediciones en busca de nuevos sitios para misiones dentro de la frontera dominica tenían un mínimo de contacto con los grupos indígenas y emplearon intérpretes para los casos en que se comunicaron directamente (e.g., las expediciones de José Joaquín de Arrillaga y José Velásquez; Ives 1984:197-198; Lazcano 2000:313-358). Durante 1791-1792, la primera exploración científica de las Californias fue realizada por el naturalista español José Longinos Martínez, miembro de la Expedición Botánica de Nueva España. Aunque en su diario se concentró en los aspectos botánicos y zoológicos de la península, Longinos realizó unas observaciones lingüísticas:

Desde ... el cabo de San Lucas, hasta ... San Ignacio, apenas, como he dicho, hay indios, y los pocos que subsisten no tienen nada de sus antiguas costumbres, sólo el idioma, que los más lo conservan. A los del Cabo, Santiago y Todos Santos llamaban los guaycuros y pericos. Lo restante de las Californias, que se compone de más de cincuenta idiomas, no se les da otro nombre que el del paraje o misión en que viven.

De la frontera dominica, añade que

Los gentiles de todos estos territorios, en doscientas leguas que hay de distancia entre estas dos dichas misiones con la de San Miguel, Santo Tomás, San Vicente,

Santo Domingo, El Rosario y San Fernando, en medio tienen como catorce idiomas en tan corto distrito, con la mortificación de haber de pasar por tres o cuatro intérpretes las preguntas o conversación con los que se van conquistando.

Al tratar los grupos altacalifornianos del canal de Santa Bárbara, Longinos afirmó

No obstante que en este distrito de cuarenta o cincuenta leguas apenas varían en sus costumbres, por seguir la confusión de sus idiomas, en éstos sí varían, pues en este corto terreno he observado hasta cinco.... Lo que sí es digno de anotar es que, en La Purísima, para decir hombre dicen “homo” en latín; ven acá “agunta”, que en chichimeco quiere decir lo mismo; en San Borja nombran a la carne “yehi”, en los apaches quiere decir lo mismo; así como la lumbré, que llaman “que”, y lo mismo aquella nación. También los apaches dicen “saspi” para contar siete, cuya voz usan para el mismo término los vascongados. Estas voces, tan esparcidas a tan largas distancias de la matriz de estos idiomas, presentan una vasta materia para mediar sobre el origen de este raro fenómeno [Longinos 1994:158, 164, 227].

Durante las tres últimas décadas del siglo XVIII, mientras sus ex misiones entraron en triste declinar, varios jesuitas en el exilio mantuvieron vivo el recuerdo de sus aportaciones al pasado bajacaliforniano. Dado que los jesuitas solían seguir las ordenanzas de 1610 y 1662 con precisión en el estudio de las lenguas indígenas, es notable la ausencia de vocabularios, diccionarios y artes en los inventarios de las misiones ex jesuitas levantados por los franciscanos durante su traslado a los dominicos en 1773, ya que estos demuestran que las bibliotecas eran evidentemente formadas por los misioneros fundadores. Tales manuscritos debían existir en sus bibliotecas en el momento de la expulsión y su ausencia deja abierta la cuestión si fueron extraídos clandestinamente por los expulsos o confiscados por las autoridades militares, pues es muy improbable que fueron llevados por los franciscanos ya que no les servían bajo las ordenanzas de Gálvez ni para su expansión hacia la Alta California (Lasuén 1965:7; Mathes 1991).

Considerando la cantidad de información lingüística publicado por los ex jesuitas entre 1772 y 1800, es evidente que los expulsos lograron sacar algunas notas sobre su estancia en la península californiana. Desde el exilio, varios jesuitas produjeron obras sobre la empresa californiana. La primera de estas fue *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien* por el ex misionero de San Luis Gonzaga entre 1751 y 1768, Johann Jakob Baegert (1772). Baegert dedicó un capítulo a la lengua guaycura, notando su sencillez de la gramática y el vocabulario y la existencia de cinco lenguas distintas con numerosos dialectos en la península. Explicó, brevemente, aspectos gramaticales, sintaxis, la ausencia de muchas palabras comunes, preposiciones, conjunciones y pronombres, así como de comparativas, superlativas e imperativas. Para ilustrar sus conclusiones, incluyó traducciones del Padre Nuestro, Credo y la conjugación del verbo *amukíri*, jugar. Por tan corta que sea, este texto queda el único estante de este idioma.²

De mayor amplitud, la obra de Miguel del Barco, misionero en San Francisco Javier entre 1741 y 1768, escrita para corregir errores encontradas en la *Noticia* de Venegas-Burriel y agregar la historia de las misiones peninsulares hasta la expulsión, fue terminada en Bolonia en 1780. Al revisar el capítulo de Venegas-Burriel sobre las lenguas, Barco aclaró que la palabra cochimí *edú*, significa gente de otra lengua y que los *edú* son guaycura, que los cochimí ocupan el territorio al

² Baegert 1952:94-104. La ausencia de información sobre la lengua pericú se debe, en parte, a la sublevación de 1734-1737 y la decadencia de sus misiones durante los años siguientes. Lo que ha salido a luz hasta la fecha ha sido recopilado de diarios de los navegantes en Miguel León-Portilla (1976).

norte de Loreto, que los pericú ocupan desde Cabo San Lucas hacia el norte incluyendo las Islas de San José y Espíritu Santo, que los uchití, cora, aripe, guaycuro, callejú y monqui son ramas de los guaycura, y que el nombre de cora no era correcta. Explicó la extensión de los cochimí hacia el norte de San Francisco Javier pasando San Francisco Borja con varios dialectos, aunque muchos de los hombres en las misiones más antiguas ya hablaron castellano. En el caso del idioma monqui de Loreto, estaba casi extinto y en toda la región no se encuentra vestigio de escritura. Expuso sobre algunos aspectos de la lengua cochimí, los nombres de las estaciones y terminó citando el Padre Nuestro. Además de las revisiones, Barco dedicó un capítulo a la gramática y el vocabulario de lengua cochimí del dialecto de San Javier y San José de Comondú en el cual incluyó la conjugación de unos verbos, el empleo de pronombres y superlativos. Siguen en cochimí general una disertación teológica, El Padre Nuestro, El Ave María y El Credo y las mismas oraciones en el dialecto de San Javier y San José de Comondú (Barco 1988:173-181, 219-221, 223-229.).

En su continuación de la historia de Venegas-Burriel, Barco trató el aprendizaje de los idiomas indígenas por los misioneros a su llegada a la península. El padre Lamberto Hostell, en 1737, destinado a la fundación de San Luis Gonzaga,

la había de administrar desde la misión de Nuestra Señora de los Dolores, siendo al mismo tiempo compañero del anciano padre Guillén. A quien, luego que el padre Lamberto se habilitó en la lengua del país, no sólo descargó del cuidado de la gente de San Luis, sino le aliviaba en gran parte en la administración de la de Los Dolores.

Asimismo, al tratar la fundación de la misión de Santa Gertrudis, notó que, en 1751, “mientras el padre Jorge Retz acababa de habilitarse en la lengua en la misión de San Ignacio y compañía del padre Consaga, despachó éste último algunos indios hechos ya al trabajo, para que en el sitio ya insinuado fabricasen capilla”. Desde Santa Gertrudis, el avance hacia el norte fue programado y en 1758 el padre Julián Salazar, al llegar a Loreto, fue ordenado “que pasase a Santa Gertrudis para aprender el idioma del país e instruirse en el oficio de misionero en compañía del padre Retz, mientras se disponía lo necesario para la nueva misión.” Aunque Salazar fue destinado a otras tareas, la llegada del padre Wenceslaus Linck en 1761 resultó en su asignación a la nueva fundación de San Francisco Borja, pero “primero estuviese algún tiempo en la de Santa Gertrudis, aprendiendo la lengua de aquel país”. Terminado este aprendizaje,

pasó el padre Wenceslao Linck a este sitio, para establecer en él la misión de San Francisco de Borja, a fines del año 1762, hallándose ya con buenos principios del idioma del país, que había adquirido en Santa Gertrudis, de donde, no obstante, para perfeccionarse más en él, llevó intérprete y catequista, indios que sabían algo de castellano [Barco 1988:263, 276, 289, 293, 298].

El éxito de San Francisco de Borja resultó en el envío en 1764 del “padre Victoriano Arnés para que acompañase y aliviase en algo al padre Linck, aprendiese el idioma de aquella tierra y se habilitase de esta suerte a fundar después otra misión al norte de San Borja.” Al año siguiente, el padre Juan José Díaz,

después de descansar unos días en Loreto, le envió el padre visitador a San Borja con el mismo destino que el año antecedente había tenido el padre Victoriano Arnés, esto es, aprender el idioma del país, aliviar al misionero en lo que pudiera, y habilitarse para una nueva fundación.... El padre Arnés, después de un año que se hallaba en San Borja, dedicado principalmente a aprender aquella difícil lengua, estaba ya bastantemente expedito y con grandes deseos de pasar a fundar nueva

misión.

Con la ayuda de dos compañeros en su misión, Linck partió para la exploración hacia el norte en 1766, descubriendo entre otros, el sitio de Güiricatá,

mas los soldados, sin detenerse en aprender ese nombre, le llamaron Velicatá, o porque les pareció que así habían pronunciado los indios, o porque quisieron usar de este nombre más fácil para ellos; siguiendo el uso frecuente de los españoles en la América, de corromper los nombres que aquella gente tenía impuestos a los lugares y a otras cosas. La lengua de los cochimíes usada en San Borja les había servido hasta aquí, aunque con mucha variación, mas, al fin, los indios cristianos de la comitiva entendían a los naturales del país por donde transitaron cuanto bastaba a los caminantes.

Continuando hacia el golfo de California, en busca del río Colorado, Linck entró la sierra de San Pedro Mártir,

pero ahora se hallaron con la novedad de otra lengua, que ninguno de los cristianos que acompañaban al padre, entendía. Nuevo embarazo para proseguir el viaje. Mas como en las ranherías confinantes con nación de diversa lengua, suele haber algunos que hablan los dos idiomas, fue necesario valerse de éstos para intérpretes de aquellos. Y como los tales intérpretes usan de dialectos muy diferentes del que usan los de San Borja, les cae muy lejos, para estos intérpretes era necesario otros intérpretes.... Sólo pudieron entender, y eso confusamente, que aún les faltaban que caminar tres o cuatro días por arenales, y sin aguajes; que, más adelante, había mucha, mucha agua. Y esto se entendió, que sería el río Colorado.

Dada esta situación, Linck determinó volver a su misión, pero Arnés y Díaz avanzaron la frontera hasta Calamajué y, a principios de 1767, fundaron la efímera misión de Santa María de los Ángeles (Barco 1988:311, 337-338, 340, 343-344; Lazcano 2000:284).

Después de su crónica de los últimos años de las misiones jesuitas, Barco agregó varias anotaciones específicas al texto de Venegas-Burriel. De nuevo aclaró la localización de los edú en Loreto y San Javier, la diferencia entre guaycura y uchití en Nuestra Señora de los Dolores, y el error de aplicar el nombre de cora a los pericú de Santiago (Barco 1988:394-395, 408-409, 412-413).

Las obras de Baegert y Barco fueron seguidas por otra producida por otro ex misionero alemán, Franz Benno Ducrue, ministro en Nuestra Señora de Guadalupe desde 1756 hasta 1768. Incluido en Christophe Gottlieb von Murr, *Journal zur Kunstgeschichte un zur allegmeinen Litteratur* impreso en Nuremburgo por Johann Eberhard Zeh en 1784, el “Relatio expulsionis Societatis Iesv ex Provincia Mexicana, et maxime e California A. 1767, cvm aliis scitv dignis notitiis” de Ducrue contenía un apéndice titulado “Specimina Lingva Californicae” que contiene varias palabras y frases en cochimí que afirmó fueron de memoria del autor, aunque parece bastante a lo que incluyó Barco (Burrus 1967:136-139).

La última crónica ex jesuita sobre California fue preparada por el sabio jesuita veracruzano Francisco Xavier Clavijero y publicada en dos tomos en italiano bajo el título de *Storia della California* en Venecia por Modesto Fenzo en 1789. Utilizando los escritos de Venegas-Burriel, Baegert, Barco e informes de otros compañeros en el exilio, la recopilación de Clavijero incluyó un capítulo descriptivo sobre las plantas nativas, muchas con sus nombres indígenas y otro sobre cuadrúpedos en que nombra el puma de *chimbicá*, el berrendo de *amogoquió* y el borrego cimarrón

de *tajé*. En su capítulo sobre los habitantes y la lengua, Clavijero notó las tres lenguas fundamentales de pericú, guaycura y cochimí y afirmó que la pericú ya no existía. Relató las divisiones de la guaycura e incluyó los números y las estaciones de año según Barco (Clavijero 1986:22-38, 52-53, 57-58).

Notable es la presencia del capítulo VII del tratado I de la obra magna del jesuita Lorenzo Hervás y Panduro, *Catálogo de las Lenguas de las Naciones Conocidas, y numeración, división, y clases de estas según la diversidad de sus Idiomas y Dialectos* impreso en 6 tomos en Madrid por la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia entre 1800 y 1805. Titulado “Lenguas que se habla en la California, en su costa septentrional hasta el estrecho de Anian, y en la vasta extensión de países que hay entre el río Misisipí, Florida y Groenlandia”, Hervás reseñó la situación geográfica y las misiones jesuitas, así como el avance de los franciscanos en Alta California hasta 1779, antes de tratar la lingüística. El tratado principal sobre las lenguas cochimí, pericú y guaycura y sus dialectos se encuentra publicado en una carta del padre Miguel del Barco enviado desde Bolonia en 1784, a la cual Hervás agregó información lingüística y etnográfica tomada de Venegas-Burriel y Clavijero (Hervás 1800-1805(1):343-355).

Los intentos de comunicación en Baja California reflejan la historia, la etnografía y la política de la región. Los contactos con los españoles durante un siglo y medio produjeron algunos entendimientos lingüísticos entre las dos culturas, y la política lingüística de la Compañía de Jesús produjo una sociedad bilingüe en las regiones misionales, mejorando el entendimiento entre dos culturas bastante distintas. Como en otras partes del mundo, es evidente que dicha política contribuyó grandemente al éxito de la empresa misional de los jesuitas. El inicio de una política que requería el uso universal del castellano enajenaba la población indígena de sus gobernantes y maestros y disminuyó su identidad cultural ya que prácticamente la única diferencia entre los pericú, guaycura y cochimí era el lenguaje distinto de los grupos, así influyendo la decadencia de las misiones y desaparición de una buena parte de la población indígena. En el caso de los belicosos yumanos norteños, esta política obraba totalmente en contra de las intenciones de los misioneros y los gobiernos y contribuyó directamente a la resistencia indígena.

Bibliografía

Baegert, Johann Jakob

1772 *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien*, Churfürstl Hof- und Academie-Bruchdrukeri, Mannheim.

1952 *Observations in Lower California by Johann Jakob Baegert, S.J.*, M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann, eds., University of California Press, Berkeley.

Barco, Miguel del

1988 *Historia natural y crónica de la antigua California*, Miguel León-Portilla, ed., Universidad Nacional Autónoma de México.

Burrus, Ernest J.

1954 *Kino reports to headquarters: correspondence of Eusebio F. Kino, S.J. from New Spain with Rome*, Institutum Historicum Societatis Jesu, Roma.

1962 *Francisco Maria Piccolo, S.J.: informe del estado de la nueva Cristiandad de California 1702 y otros documentos*, José Porrúa Turanzas, Madrid.

1967 *Ducrué's account of the expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)*, Jesuit Historical Institute, Roma.

2003 “¿Cómo se gobernaban las misiones mexicanas de la Compañía de Jesús (1610-1725)?”

- en *El colofón homenaje a José Porrúa Turanzas y José Porrúa Venero y su colección "Chimalistac"*, José Porrúa Turanzas, Madrid.
- Clavigero, Francisco Xavier
 1986 *Historia de la antigua o Baja California*, Xavier Cacho Vázquez, ed., Universidad Iberoamericana, México.
- Davin, Diego (ed.)
 1753-1757 *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjerías, por algunos misioneros de la Compañía de Jesús*, Viuda de Manuel Fernández, Madrid.
- Hervás, Lorenzo
 1800-1805 *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división, y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, 6 vols., Administración del Real Arbitrio de Beneficiencia, Madrid.
- Ives, Ronald L.
 1984 *José Velásquez: saga of a borderlands soldier*, Southwestern Mission Research Center, Tucson, Arizona.
- Lasuén, Fermín Francisco de
 1965 *Writings of Fermín Francisco de Lasuén*, Finbar Kenneally, ed., Academy of American Franciscan History, Washington, D.C.
- Lazcano Sahagún, Carlos (ed.)
 2000 *La primera entrada: descubrimiento del interior de la antigua California*, Fundación Barca, Ensenada.
- Lazcano Sahagún, Carlos y Denis Peričić (eds.)
 2001 *Fernando Consag: textos y testimonios*, Fundación Barca, Ensenada.
- León-Portilla, Miguel
 1976 "Sobre la lengua pericú de la Baja California", *Anales de Antropología* 13:87-101.
 1997 *Loreto capital de las Californias: las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra*, FONATUR, México.
- Longinos Martínez, José
 1994 *Diario de las expediciones a las Californias de José Longinos Salvador Bernabéu Albert*, ed., Doce Calles, Aranjuez, España.
- Mathes, W. Michael
 1965 *Californiana I: documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, José Porrúa Turanzas, Madrid.
 1970 *Californiana II: documentos para la historia de la explotación comercial de California 1611-1679*, José Porrúa Turanzas, Madrid.
 1973 *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico, 1580-1630*, Universidad Nacional Autónoma de México.
 1974 *Californiana III: documentos para la historia de la transformación colonizadora de California (1679-1686)*, José Porrúa Turanzas, Madrid.
 1991 "Oasis culturales en la antigua California: las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773", *Estudios de Historia Novohispana* 10:369-442.
 1992 *Ethnology of the Baja California Indians*, Garland Publishing, New York.
 1998 *Jesuitica californiana, 1681-1764*, José Porrúa Turanzas, Madrid.
- Palóu, Francisco
 1787 *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra...*, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, México.

- 1994 *Cartas desde la Península de California, 1768-1773*, José Luis Soto Pérez, ed., Editorial Porrúa, México.
- Real Academia Española
- 2003 *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., Espasa Calpe, Madrid.
- Río, Ignacio del (ed.)
- 1997 *La Fundación de la California Jesuítica*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.
- Sales, Luis
- 1960 *Noticias de la provincia de Californias, 1794*, José Porrúa Turanzas, Madrid.
- Venegas, Miguel
- 1979 *Obras californianas del Padre Miguel Venegas, S.J.*, 5 vols., W. Michael Mathes, Vivian C. Fisher y E. Moisés Coronado, eds., Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.